

rostro y la desesperacion en el corazon, se desgarran en vano en su furor con sus propios dientes, y lanzan infructuosamente desesperados alaridos; hacinados unos sobre otros, aplastados por el peso de la cólera divina, precedidos de Lucifer, impelidos y rechazados por los demonios, son precipitados en un océano de fuego. El abismo vuelve á cerrarse sobre sus cabezas malditas; el tiempo ha concluido, y comienza para ellos la interminable eternidad de penas y de tormentos; como tambien comienza para los justos la interminable eternidad de alegría y de felicidad: «Aquéllos irán al suplicio eterno, y los justos á la eterna vida» (1).

¡ Oh dia!..... ¡ Oh juicio sin misericordia!..... ¡ Oh proceso sin defensa!..... ¡ Oh acusacion sin réplica!..... ¡ Oh sentencia sin revision!..... ¡ Oh condenacion sin apelacion!..... ¡ Oh pena sin dulcificacion!..... ¡ Oh desesperacion sin consuelo!..... ¡ Oh eternidad sin fin!.....

¡ Desgraciados pecadores!..... ¡ Nuestro desengaño está, pues, reservado para la eternidad!..... Pero no, todavía estamos en la vida, y todavía tenemos tiempo y medios para librarnos de una suerte tan terrible y tan funesta. ¡ Ah! Coloquémonos en el partido de Jesus, de sus verdaderos discípulos, de sus verdaderos sectarios. Separémonos de la ciudad del demonio, de la ciudad del error, del vicio y del pecado. Apresurémonos á salir de Górra ántes que llegue el diluvio de fuego y nos sorprenda. Así, no tendremos que recordar con un tardío é inútil arrepentimiento esta predicacion, tal vez última invitacion de Dios, último llamamiento, gracia final.

(1) Et ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam. (Matth., xxv.)

SÉTIMA HOMILÍA.

EL PUBLICANO Y EL FARISEO,

Ó LA HUMILDAD Y EL ORGULLO.

Omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur.
(SAN LÚCAS, XXIII.)

Todo el que se eleva será abatido, y el que se abate será elevado.

Del mismo modo que la bondad del árbol se reconoce por la calidad de la fruta que produce, así la divinidad de la religion se halla principalmente atestiguada por la singularidad y la excelencia de las virtudes que persuade. En efecto, una doctrina no puede ménos de ser divina, desde el punto en que produce virtudes, que áun cuando se hagan los mayores esfuerzos, jamas podrán ser el resultado de una doctrina puramente humana.

Por consiguiente, la prueba más fuerte, la prueba más sensible, que está á la vista de todos, y que hasta los más rudos é ignorantes se hallan en estado de pesar y de apreciar, la prueba más universal, la prueba permanente, la prueba perpétua de la divinidad de la religion cristiana, no se apoya tanto en los milagros y en las profecías que la acompañan, como sobre las virtudes más que humanas que produce y que ella sola puede producir; y en realidad, en todos los tiempos y en todos los lugares, los infieles de todas las religiones y de todas las sectas, han concluido siempre de la vida divina de los verdaderos cristianos, la divinidad del Cristianismo.

La primera entre todas esas virtudes, fruto precioso, indicio y prueba á un tiempo mismo de la divinidad de la doctrina cristiana, es precisamente la humildad, virtud de la que las filosofías y las religiones paganas, léjos de haber podido persuadir jamas la prác-

tica, ni aún sospecharon siquiera su existencia; la humildad, cuyo nombre no se encuentra en los idiomas de los gentiles porque su espíritu no concibió la idea de ella; la humildad, en fin, de que Jesucristo, Hijo de Dios hecho Hombre, fué el primero que dió el ejemplo de ella, y despues la leccion; la humildad, que es la virtud propia exclusivamente del Evangelio, porque sólo Dios forma á los humildes como el demonio forma á los soberbios.

Pero entre todas las lecciones de humildad que nos ha dado nuestro divino Maestro, la más clara, la más persuasiva, la más eficaz, me parece que es la que nos ha presentado en la admirable parábola del publicano y del fariseo, parábola que concluyó con estas graves palabras: « El que se eleva será abatido, y el que se abate será elevado. » Aprendamos, pues, hoy en esa parábola una leccion tan importante y tan preciosa, para que, practicándola, obtengamos las gracias y las recompensas de los humildes, y evitemos los castigos reservados á los soberbios.

PRIMER PUNTO. Lo que dió ocasion á esa parábola, segun el evangelista San Lúcas, fué que el Señor vió en derredor suyo ciertos judíos, que presuntuosos y altivos con su supuesta santidad y su pretendida justificacion, se mostraban en el más alto grado insolentes, orgullosos y despreciadores con todos los demas (1). Pero aquellos hombres envanecidos no eran solamente fariseos, sacrificadores y levitas; eran tambien seglares de todas clases y condiciones, de todos estados y sexos: *Dijo á algunos* (2). Esa parábola no fué referida en el templo, sino en la plaza pública á presencia de todo el pueblo. Porque como todos estaban más ó ménos gravemente atacados de la enfermedad del orgullo, á todos propuso el grande remedio de la humildad. Hé ahí, pues, la primera é importante leccion que nos da aquí el Señor, á saber, que la humildad no es solamente la virtud de los religiosos y de los eclesiásticos, sino tambien de los seglares y de los hombres del mundo; y que no es únicamente una virtud mística y privada, la virtud propia del santuario ó del claustro, sino que es tambien una virtud civil y una virtud política, necesaria al Estado y á la sociedad.

(1) Dixit Jesus ad quosdam qui in se confidebant tanquam justi et adspernabantur ceteros, parabolam istam. (*Luc.*, xviii.)

(2) Dixit ad quosdam. (*Evang.*)

En efecto, una sociedad perfecta se compone de clases subordinadas unas á otras, de condiciones diversás, que aún cuando deban ser iguales ante la ley no pueden, sin embargo, estar jamas absolutamente niveladas; y en fin, de individuos entre los cuales unos deben ocupar el primer lugar y otros el último, segun la jerarquía social. Para que el orden sea una verdad, los que mandan no deben abusar de su posicion, y los que obedecen deben resignarse con paciencia y conformarse con la suya. Es decir, que los unos y los otros tienen necesidad de ser sinceramente humildes, porque la humildad comprende en sus principales deberes la aceptacion voluntaria de la posicion modesta, y hasta inferior y penosa que á la Providencia la plugo señalarnos en la jerarquía social; la humildad es la que inspira y persuade el respeto á los superiores, la estimacion á los iguales y un santo cariño á los inferiores. Sin humildad, el poderoso propenderá siempre á oprimir, y el oprimido á rebelarse; sin la humildad, la jerarquía social no será más que despotismo y rebelion; no habrá ya príncipes y vasallos sino esclavos y tiranos; el mando no será más que un capricho y la obediencia más que una necesidad fatal; sin la humildad, en fin, el soberano no tendrá en el gobierno más reglas de conducta que su egoismo, ni el pueblo, para contenerle en los límites de la moderacion, otro freno que la fuerza; y de ahí desgraciadamente la necesidad social y filosófica de la esclavitud en todos los países no cristianos, es decir, en todos los países en donde no han escuchado la grande leccion, ni conocido la grande virtud de la humildad. Y efectivamente, si recorremos el mundo, ¿qué veremos por todas partes?

Allí en donde no se ha enarbolado la cruz, hay ignorancia de Dios y opresion del hombre; allí en donde no se ha enarbolado la cruz del Hijo de Dios, el hombre es el crucificado, ó en otros términos: allí en donde no se alza la cruz de Jesucristo, ese grande emblema, ese elocuente símbolo de la humildad, allí en donde por consiguiente la humildad no es conocida ni practicada, hay tiranía, hay esclavitud, no hay más que una apariencia de orden social que sólo se mantiene al abrigo de la necesidad y bajo la presion de la fuerza. ¡ Oh! ¡ Cuán cierto es que sin la humildad, la jerarquía social perfecta, el orden, la armonía de la obediencia y del mando son imposibles!.....

Y si al presente, en muchos países habitados por cristianos

vemos con dolor al poder meditar sin tregua ni descanso nuevas conquistas sobre el pueblo, y á éste conspirar para derribar de su puesto al poder; á los grandes sin compasión, á los pequeños sin respeto; al rico saboreando muellemente todos los refinamientos del lujo y de los placeres, y al pobre temblando en el abismo de su miseria; por arriba orgías escandalosas, por abajo rencores feroces y los apetitos salvajes de una miseria sin resignación; el odio que sube á los puntos más culminantes, y el desprecio que desciende de allí y va á llenar de hiel todos los corazones; una sed inextinguible de elevación que devora á las condiciones bajas y oscuras; por todas partes conatos contra el orden y una agitación é inquietud, indicio funesto del malestar social, signo precursor de alguna cosa más funesta todavía, de la ruina total de la sociedad; todo eso no sucede sino porque en estos últimos tiempos se ha hablado siempre al hombre de sus supuestos derechos y jamás de sus deberes; porque con el auxilio de las doctrinas de la incredulidad y de indiferencia, se ha prodigado á manos llenas á los pueblos todo el veneno del espíritu infernal, que es un espíritu de orgullo; porque al mismo tiempo, el espíritu del Cristianismo, que es un espíritu de humildad, ha sido desterrado de casi todos los corazones; y en fin, porque por una suerte común á las demás virtudes del Evangelio, la virtud de la humildad no ocupa ya ningún lugar, no diré solamente en la práctica de la vida, pero ni aún en el lenguaje y las ideas. Así, esa preciosa virtud, la única que pudiera inspirar á los grandes la mansedumbre y la caridad para con las clases del pueblo, y que pudiera hacer que éste tolerase y perdonase la elevación de los grandes, esa importante virtud, primer fundamento y principal baluarte del perfecto orden social, ha sido desterrada del mundo y relegada á los claustros, ó bien abandonada desdeñosamente á algunas almas piadosas, mientras que la sociedad entera ha permanecido dominada por el orgullo. Así es que se han realizado las palabras de Teofilacto, que decía que de todas las pasiones humanas, la soberbia es la que avasalla y atormenta más horrorosamente el corazón del hombre (1).

La grande necesidad social no es, pues, en el día el hablar de

(1) Quia superbia plus quam aliæ passiones vexat hominum mentes. (*Theophil.*)

los derechos del hombre, puesto que éste conoce ya bastante por sí mismo esos derechos verdaderos ó imaginarios, y los exagera en sumo grado, porque tiene en el orgullo un maestro íntimo y secreto que le instruye y alecciona demasiado y no necesita oír hablar de ellos. Los desórdenes actuales han comenzado con la declaración de los derechos del hombre, y no pueden concluir sino por la declaración legal y política de los derechos de Dios. El mal ha comenzado por la propagación del orgullo, y no puede concluir sino por la precaución de inculcar en los corazones la virtud de la humildad. Luego en el interés de la sociedad, cuya existencia se halla á cada instante comprometida por el orgullo de los hombres, se hace en el día más necesario que nunca el predicarles é inculcarles la moral de la parábola evangélica, la doctrina de Jesucristo sobre la humildad. Ese será el medio de contrarrestar la fuerza que buscan en su supuesta justicia, en la quimera de una probidad puramente natural, y de iluminarles acerca de esa vana confianza en sí mismos que les conduce á no tener más que odio y desprecio para los demás.

Dos hombres, nos dice el Señor, dos hombres subieron al templo para orar (1). ¿Mas por qué al Señor le plugo emplear la expresión de subieron al templo? La razón inmediata de esa expresión es que, como efectivamente el templo de Jerusalem se hallaba situado sobre la alta roca de Sion, era necesario subir para llegar á él; pero además de esta razón literal, hay otra enteramente moral y mística mucho más importante.

El Profeta había dicho que el lugar santo en donde Dios reside es una montaña muy alta, escarpada, de difícil acceso, y á donde el hombre no puede llegar sino rara vez. «¿Quién se elevará, pues, hasta la montaña de Dios? ¿Quién habitará en el lugar santo en que reside?» (2). Por eso el mismo Profeta ha dicho en otro salmo, que para orar, el hombre debe meditar una ascensión y volar á lo alto en alas del corazón (3). El Señor, pues, al decirnos que el publicano y el fariseo subieron al templo para orar, ha querido darnos á entender que para orar con fruto

(1) Duo homines ascenderunt in templum ut orarent. (*Luc.*, XVIII.)

(2) Quis ascendet in montem Domini? aut quis stabit in loco sancto ejus? (*Ps.* XXIII.)

(3) Ascensiones disposuit in corde suo. (*Ps.* LXXXIII.)

es necesario abandonar los intereses y los objetos de toda pasión; es preciso aislarse de las cosas de la tierra, subir y colocarse en espíritu en el cielo; es necesario separarse del tumulto de los hombres, y recogerse y concentrarse enteramente por el corazón en Dios: *Ascensiones in corde suo disposuit*. Y en efecto, dice San Agustín, la oración no es en el fondo más que la elevación del alma hacia Dios (1).

¿Pero cómo se lleva á cabo esa ascension tan difícil? Qué se ha de hacer para atravesar el espacio infinito que separa al cielo de la tierra y al hombre de Dios? El publicano de la parábola puede instruirnos acerca de ese particular. Pero antes de pintarnos al hombre humilde en el publicano, Nuestro Señor nos ha representado en el fariseo al hombre soberbio y orgulloso; porque nos ha dicho, que habiendo entrado en el templo el fariseo, se detuvo con la cabeza erguida, y colocado de pié de frente al altar, oraba entre sí mismo, y decía: «Dios mío, os doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros; ni aún como ese publicano que ora aquí al mismo tiempo que yo» (2).

Pues bien, como para ser verdaderamente justo no basta el no hacer mal, sino que es necesario además hacer bien, el fariseo, como hombre instruido en la ley, después de haberse proclamado él mismo inocente de todo pecado, se alaba á sí mismo como lleno de toda clase de virtudes, y añade: «Yo ayuno dos veces á la semana, y pago exactamente el diezmo de todo cuanto poseo» (3).

Ahora observad, en primer lugar, dice Teofilacto, la particularidad de que el fariseo está de pié (4); con lo cual el Salvador ha querido indicar el primer carácter del orgullo, que es el manifestar en lo exterior, por la actitud altiva del cuerpo, la fiereza y la soberbia que se encuentran en el alma (5).

Observad, en segundo lugar, dice San Basilio, otra circunstancia: el fariseo oraba entre sí (6). Con eso el Señor nos ha que-

(1) Oratio est elevatio mentis ad Deum. (S. Aug.)

(2) Deus, gratias tibi ago quia non sum sicut ceteri homines raptores, injusti, adulteri, velut etiam hic publicanus. (Luc., XVIII.)

(3) Jejuno bis in sabbato, decimas de omnium quæ possideo. (Ibid.)

(4) Stans. (Ibid.)

(5) STANS, elatum ejus animum notat. Ipse enim corporis habitu superbissimus videtur. (Theophil.)

(6) Apud se orabat. (Evang.)

rido señalar el segundo carácter del orgullo, que consiste en que el hombre orgulloso no sale de sí mismo, permanece como concentrado en sí, y no elevándose por encima de su individualidad, se queda á una distancia infinita de Dios, y por consiguiente, no tiene que esperar nada de Él (1).

Observad, en tercer lugar, dice además Teofilacto, que el fariseo no dijo: «Señor, os doy gracias, porque por efecto de vuestra gracia y de vuestro auxilio, no soy, etc.»; sino únicamente: «Os doy gracias porque no soy un grande pecador, y de que, al contrario, soy justo en todo y por todo.» Ó en otros términos, no atribuye más que á sí mismo y á sus propias fuerzas todo su mérito y todas sus virtudes (2). Y hé ahí, dice San Agustín, el tercer carácter del orgullo, la negación y el desprecio de Dios. ¿No es, en efecto, negar y despreciar á Dios el atribuir á su propio talento, á su propia habilidad, á su propio mérito y á su propia virtud, cualquiera especie de bien, sea el que fuere, puesto que por pequeño que pueda ser viene siempre de Dios? (3). ¡Si al ménos, añade San Agustín, si al ménos el fariseo se hubiera contentado con sobreponerse á algunos hombres!..... Pero no, al decir que no era como el resto de los hombres, se colocó por encima de todos, lo cual absolutamente es como si hubiese dicho: «Yo solo soy justo y todos los demás son pecadores» (4). Pues bien, continúa San Agustín, hé ahí el cuarto carácter del orgullo; hace del hombre el primero, el único objeto del conocimiento, de la atención y de la admiración del hombre mismo. Hace que el hombre se ame y se estime de una manera exclusiva, que se prefiera á sus semejantes y se coloque sobre todos; le hace llegar á ser centro, fin último é ídolo de sí mismo: porque el orgullo no es otra cosa que el deseo apasionado y vehemente de una elevación perversa y contra la naturaleza (5).

(1) Apud se, quasi non apud Deum; quia per peccatum superbiæ ad seipsum redibad. (S. Basil.)

(2) Non dixit: Gratias ago quia fecisti me abstinere ab injustitia; sed dixit: Non sum; et sibi ipsi et suo robori bonum opus attribuit. (Theophil.)

(3) Est autem superbia contemptus Dei. Quoties enim aliquis non Deo, sed sibi adscribit bona quæ facit quid est aliud quam negatio Dei? (S. Aug.)

(4) Diceret saltem: sicut multi homines! Quid ceteri hominis? nisi omnes præter illum. Ego, inquit, sum justus; ceteri peccatores. (S. Aug.)

(5) Quid est aliud superbia nisi perversæ celsitudinis appetitus? (Id.)

No le era todavía suficiente, observa San Juan Crisóstomo, el haber despreciado á todo el género humano en masa : le era preciso además despreciar á aquel pobre publicano que ningun daño le hacía (1). Hé ahí, pues, el quinto carácter del orgullo, sentimiento tan vil y tan bajo cuanto inhumano y cruel. El orgullo es como la forma del egoismo elevado á su más alto grado; del mismo modo, aunque en sentido inverso, la humildad es la forma exterior de la caridad. El orgullo se convierte siempre en odio á los superiores, en envidia á los iguales, en desprecio á los inferiores, en deseo de ver á los demas degradados y envilecidos, porque sólo con la degradacion y el envilecimiento de todos los demas, el hombre soberbio puede obtener en su propio mundo, en su propia esfera, la supremacia única y universal á que aspira.

Habeis, en fin, oído, dice San Agustin, la oracion del fariseo; no pidió á Dios nada, como si nada tampoco necesitase. Acudió al templo en la apariencia para orar, pero en realidad no hizo más que olvidar á Dios, insultar á su compañero y alabarse á sí mismo (2).

Y hé ahí el último y el más funesto carácter del orgullo, que es el hacer que nazca en el corazon del hombre el disgusto á la oracion. Es decir, segun San Juan Crisóstomo, que por ese medio el demonio cierra al hombre soberbio todo acceso, toda entrada, toda vía por donde el Médico celestial, ó su operación celeste, la gracia, podría penetrar y llegar hasta curarle, pues que Dios y su gracia no descenden al alma sino por la oracion; y así la enfermedad del orgullo, la más perniciosa de todas las del alma, llega á hacerse completamente incurable, y arrastra al alma á la muerte eterna (3).

El fariseo es, pues, un tipo perfecto, un modelo acabado del hombre orgulloso, y en ese solo hombre el Señor ha querido presentar á todos los orgullosos, como un espejo en que pueden mirarse y reconocerse tales como son y quedar llenos de confusion y de horror (4).

(1) Non satiaverat contemptum ejus tota humana natura, sed et publicanum aggressus est. (S. Joan. Chrys.)

(2) Quære in verbis ejus : nihil invenies, quod Deum rogaverit. Ascendit quidem orare et noluit Deum rogare, sed se laudare, roganti insultare. (S. Aug.)

(3) Flores, aditus ad Deum tibi vult diabolus ocludere. (S. Joan. Chrys.)

(4) Unum apposuit in quo quasi in speculo omnes quales essent se agnoscere potuissent. (S. Joan. Chrys.)

¿Son acaso en corto número los fariseos orgullosos que pueden ver su efigie en ese espejo y reconocerse en ese retrato? ¡Ay! No teneis más que echar una ojeada en nuestras iglesias, en las grandes festividades; y veréis una numerosa multitud de personas, hombres y mujeres, que se titulan cristianos, que, á imitacion del fariseo, asisten á la misa, al rosario y demas preces y ceremonias de la Iglesia, de pié, con la cabeza erguida, la mirada licenciosa, y el semblante sin pudor : esos son el fariseo de pié : *Phariseus autem stans!* En vez de ponerse en presencia de Dios y de tratar con Él acerca de los intereses de su alma y de su salvacion eterna, no se ocupan más que de los que les miran, de los que les admiran, de los que les agradan ó á quiénes pueden agradar; su oracion se reduce á conversar de sí consigo mismos : *Apud se orabat.* No pudiendo envanecerse ni áun de las insignificantes virtudes del fariseo, se entretienen consigo mismos con sus propias ventajas; se complacen, no en Dios, sino en sí mismos, uno con su estatura, otro con su barba, cuál con sus manos, éste con su rostro, aquél con su vestido, la una con sus gracias, y la otra con su compostura y su manera de representar; se congratulan interiormente de no ser tan pobres, de no estar tan mal vestidos, tan poco considerados y confundidos entre la multitud como los demas : *Non sum sicut cæteri homines.* Lanzan una mirada llena de indignacion, desdeñosa y soberbia á los fieles humildes que, colocados en un rincon, temen tanto el ver como el ser vistos, están de rodillas y hacen oracion, tiemblan y sollozan. Esos son tambien para ellos una especie de publicanos, imbéciles, supersticiosos; se prefieren á ellos, y se envanece de que no son tan supersticiosos, tan imbéciles, ni tan innobles como ellos : « Yo no soy tampoco como ese publicano. » Preguntadles cuando acuden á la Iglesia qué es lo que van á hacer en ella, y os contestarán que van á misa, que van á orar. Pero en realidad, semejantes al fariseo, de lo que ménos se cuidan es de la oracion ni del sacrificio. No sale de sus labios ni un *Padre nuestro* ni un *Gloria*, y ni áun siquiera suelen hacer la señal de la cruz. Observad bien lo que dicen y en lo que piensan : no hacen peticion alguna, como si se bastasen á sí mismos para el tiempo y para la eternidad; como si no tuviesen que pedir perdon á Dios, satisfaccion que ofrecerle, ni gracia que obtener; como si tuvieran á su disposicion la gracia y el paraíso. Orgullo-